

CAPÍTULO XVI

(1689—1696)

Expediciones á Nuevo México — Entrada de don Diego Vargas Zapata. — Toma y reconstrucción de la villa de Santa Fe. — Pacificación de la provincia. — Nuevas sublevaciones de los indios. — Somételos el gobernador Vargas. — Sale de Coahuila el gobernador Leon en busca de la colonia de los franceses. — Encuentra las ruinas del fuerte de San Luis. — Recoge unos franceses fugitivos. — Segunda expedición del gobernador de Coahuila. — Fúndanse las misiones de San Francisco de Texas y de Jesús María y José. — Vuelve á Coahuila el gobernador. — Los soldados de las misiones maltratan á los indios. — Los misioneros resuelven retirarse. — Abandonanse las misiones de Texas. — Dispone el rey de España la fundación de un fuerte en Panzacola. — Embárcanse con ese objeto don Andrés de Pez y don Carlos de Sigüenza y Góngora. — Reconocimiento de las costas. — Don Andrés Arriola levanta el fuerte de San Carlos en Panzacola. — Nuevas sublevaciones en Sonora y Chihuahua. — Campaña contra los sublevados. — Misión del padre Kino. — Alzamiento de los pimas. — Expediciones contra los piratas de la Laguna de Términos. — El virey de México envía tropas á la isla Española. — Batalla de la Limonada entre los mexicanos y los franceses. — Triunfo de la caballería mexicana. — Gran tumulto en México. — Incendio del palacio y de las casas de cabildo. — Tumultos en Guadalajara y Tlaxcala. — Renuncia el vireinato el conde de Galve. — Sustitúyele el obispo Ortega Montañés. — Tumulto en la plaza de México. — Disposiciones dictadas por el obispo virey. — Aparece una escuadra francesa por las Antillas. — Sálvase de ella la flota de Nueva España. — Llega á México el nuevo virey conde de Moctezuma.

La reconquista del Nuevo México tantas veces y con tan mal éxito emprendida, ocupó al conde de Galve desde los primeros años de su gobierno. En setiembre de 1689 hizo entrada don Pedro Girón; pero visto el poco éxito que alcanzó, preparóse otra expedición en 1690. Estaba ya para ponerse en marcha aquella tropa, cuando ocurrió en 1690 el alzamiento de los *zumos*, y los soldados se ocuparon en sofocar esa insurrección antes que salir á la reconquista proyectada.

Don Diego Vargas Zapata fué nombrado gobernador de la provincia en 1692, é inmediatamente reunió algunas tropas, é incorporándose á ellas cincuenta hombres que por orden del virey salieron del Parral emprendió su marcha el 21 de agosto de 1692, saliendo del Paso del Norte y llegando hasta Santa Fe, sin haber encontrado en ese pueblo más que á los *tanos*, que se rindieron sin combatir.

La pacificación de las naciones de Nuevo México, que se había presentado siempre como una empresa tan difícil y aventurada, consiguióse entonces sin grandes esfuerzos; todas las tribus depusieron las armas; el gobernador Vargas recorrió la provincia en diversas direcciones, y los religiosos bautizaban á los niños y absolvían á los hombres del pecado de apostasía; pero Vargas no fundó villas ni tomó asiento en el Nuevo México, sino que después de aquellas operaciones volvióse para el Paso adonde llegó el 20 de diciembre de 1692.

El virey conde de Galve dió instrucciones á Vargas y le envió auxilios para repoblar de españoles la provincia, y el 13 de octubre de 1692 volvió á salir Vargas de Paso del Norte llevando ochocientos pobladores de todos sexos y edades que caminaron en tres columnas hasta llegar cerca de Santa Fe; pero entonces los indios, ó porque habían vuelto de la sorpresa que les causó la anterior expedición de Vargas, ó lo que es más probable, comprendiendo que se trataba ya de establecer poblaciones españolas, volvieron á sublevarse y los tanos impidieron la entrada de los nuevos colonos á la villa de Santa Fe; Vargas tuvo necesidad de emprender el sitio de esa ciudad, tomó por asalto la plaza, y estableciéndose allí los nuevos pobladores se declaró á la villa capital de la provincia del Nuevo México.

Los sublevados, no obstante aquella derrota, no se sometieron, y Vargas, teniendo como centro de operaciones á Santa Fe, empezó la campaña con gran fortuna, porque, aunque paulatinamente, las tribus eran vencidas ó se daban de paz esperando mejor oportunidad para sacudir el yugo de los españoles. Gran refuerzo llególe á Vargas de México en 16 de junio de 1694 con setenta familias de pobladores y algunos misioneros franciscanos que envió el virey. Los mexicanos fundaron la villa de Santa Cruz de la Cañada en 12 de abril de 1695, y los franciscanos dieron principio á sus trabajos formando congregaciones de indios y reparando los destruidos

templos de las antiguas misiones. Pero de allí cayó la semilla que debía producir la próxima sublevación. Los indios se sometían con repugnancia á prestar obediencia á los misioneros, y las familias mexicanas para fundar la villa de Santa Cruz despojaron á los indios allí vecindados.

No faltaba sino la oportunidad á los vecinos para levantarse otra vez en armas, y presentóse la fundación de dos pueblos, el Cerrillo y el Bernalillo, porque diseminándose los españoles para establecerse en ellos se ofrecían más débiles á los ojos de sus enemigos.

Los *taos*, los *picuríes*, los *tehacos*, los *querex* y

gemes, convenidos ya de antemano, dieron el grito de guerra el 4 de junio de 1696, apoderándose de algunas estancias de ganado, entrando en los pueblos y dando muerte á cuatro religiosos y á muchos vecinos. El gobernador Vargas levantó gente, salió contra los sublevados, y después de algunos meses de combates volvió la provincia á quedar en paz, sometiéndose los rebeldes.

El virey conde de Galve recibió también del monarca orden de proseguir investigando la existencia de la colonia que los franceses tenían fundada en las costas del Golfo, y llegó á México á tiempo que se recibían las



Don Gaspar de la Cerda Sandoval, Silva y Mendoza, conde de Galve

noticias que de esa colonia enviaron el padre Mazanet y el gobernador de Coahuila, don Alonso Leon ¹.

Facsímile de la firma de don Gaspar de la Cerda Sandoval

El virey dispuso que saliera una expedición al mando del gobernador Leon, quien debía llevar en su

compañía un cosmógrafo y un intérprete. Leon cumplió aquella orden saliendo de Coahuila en 1689, acompañándole el padre Mazanet y guiado por los indios que le dieron noticias de la colonia francesa. Muchos días caminaron penosamente hasta llegar á la laguna de San Bernardo, en donde descubrieron entre las ruinas de un fuerte de madera incendiado los insepultos cadáveres de muchos franceses muertos por las armas de los indios; hizo alto allí la expedición, y mientras los soldados arrasaban lo poco del fuerte que había quedado en pie y daban sepultura á los cadáveres de los franceses, el gobernador, que andaba en reconocimiento de los lugares circunvecinos, aprehendió unos indios que le refirieron que cinco extranjeros de los que vivían en el fuerte estaban entre los *assináis*, nación poco distante. Envió Leon unos soldados en busca de aquellos fran-

¹ OROZCO Y BERRA.—*Apuntes para la historia de la geografía en México*, pág. 198.

ceses ofreciéndoles seguridades y prometiendo volverles á su patria; sólo dos franceses, Jacobo Grollet y Juan L'Archevêque, confiaron en los españoles y llegaron con los soldados á presentarse á don Alonso Leon; los otros prefirieron permanecer entre los indios ¹.

Por aquellos dos hombres se supo entonces todo lo que había acontecido. Según datos más fidedignos Roberto Cavellier de La Salle, conocido más comunemente por este último apellido, preparó una expedición para América en el puerto de la Rochela, con autorización del gobierno francés que recibió del intendente Arnouldt, y salió de aquel puerto llevando consigo doscientas ochenta personas en cuatro embarcaciones: un navío grande de treinta y seis cañones, uno llamado el *Joley*, una fragata pequeña, una urca perteneciente á Massiot, comerciante de la Rochela, y un queche (embarcación pequeña), en donde iban principalmente municiones de guerra. Acompañaron á La Salle un hermano suyo y algunos sobrinos del sacerdote Chedeville, cien soldados y algunas mujeres.

La expedición llegó á la bahía de San Bernardo y allí comenzaron á construir un fuerte al que llamaron San Luis. Los indios *carancahuases* se presentaron de paz al principio; pero cuando comprendieron que más confiados estaban La Salle y sus compañeros, cayeron repentinamente sobre ellos, los asesinaron, saquearon el fuerte y le incendiaron. De aquella catástrofe sólo cinco franceses lograron escapar refugiándose entre los *assinais*.

Tan luego como el gobernador Alonso Leon adquirió aquellas noticias dió la vuelta para su provincia de Coahuila siguiendo el río de San Antonio; en el camino sorprendió á unos indios que hacían provisión de carne de cibolo, y preguntándoles quiénes eran, contestaron en la lengua de los *assinais*, á la que pertenecían: *texia*, *texia*, que quería decir amigos; de aquí nació llamarle á aquella tierra de los texas (Tejas), y aunque después quiso dársele el nombre de Nuevas Filipinas, prevaleció siempre el de Texas ².

El padre Damián Mazanet prometió á aquellos indios volver entre ellos á doctrinarlos, y para cumplir su palabra, apenas entró la expedición en Coahuila, emprendió él el viaje á México para procurar misioneros y autorizaciones del virey, lo cual consiguió sin dificultades, llevando para emprender la misión tres compañeros.

El gobernador Leon tenía órdenes de emprender una segunda expedición, en la cual debían acompañarle algunas tropas de Nueva Vizcaya; pero él, sin esperar aquel auxilio, salió de Monclova el 27 de marzo de 1690 y llegó á la bahía de San Bernardo ó Espíritu Santo

el 26 de abril. Allí, mientras se ocupaba en sacar la artillería de los franceses, que estaba enterrada en la arena, y enviar mensajeros de paz á los indios, llególe el auxilio de tropas de la Nueva Vizcaya; entonces comenzó Leon á expedicionar recibiendo la sumisión de las tribus que habitaban aquella provincia y tomando posesión del territorio en nombre del rey de España; fundó la misión de San Francisco de Texas en el mismo lugar, á lo que parece, que ocupó después el pueblo de San Antonio de Béjar; estableció, no distante de allí, una segunda misión llamada Jesús, María y José, y teniendo ya por pacificada aquella tierra regresó á Coahuila logrando rescatar por la fuerza en el camino algunos franceses que tenían cautivos los indios, entre ellos á una hermosa joven llamada Magdalena Talón, de edad de catorce años, y que había venido con su padre y toda su familia en la desgraciada expedición de La Salle. Tanto Magdalena como los otros franceses fueron enviados por el gobernador á México y el virey los remitió á España para que informaran al monarca de todo lo ocurrido.

El conde de Galve declaró provincia á Texas y nombró por gobernador de ella al capitán don Domingo Terán, dándole instrucciones para que reconociera el territorio y fundara ocho misiones más, auxiliándole en la empresa con nueve religiosos de propaganda fide y una compañía de presidiales al mando de don Francisco Martínez y además con un barco cargado de provisiones que iría al Espíritu Santo, mientras que la expedición que caminaba por tierra llegaba hasta Texas.

En 1691 el nuevo gobernador salió de México, llegó á Coahuila en junio de ese año, penetró en la provincia de Texas, y no encontrando el barco que llevaba las provisiones, sino cuando por la abundancia de lluvias en la estación los ríos habían crecido mucho, no pudo hacer el reconocimiento.

En 1692 el gobernador Terán había fundado sólo dos misiones en vez de ocho que se le había ordenado establecer, y como no era hombre de constancia, á lo que parece, contentóse con dejar quince hombres para resguardo de los misioneros y repartir entre éstos y los indios los víveres que le quedaban existentes, regresando en seguida á Coahuila.

Abandonados y sin jefes aquellos soldados comenzaron á molestar á los indios, no sólo exigiéndoles grandes trabajos personales, sino quitándoles á su antojo las mujeres y las hijas para gozar de ellas. Disgustáronse profundamente los indios por aquella conducta de los soldados, y comenzaron á retirarse de las misiones y á aislar á los blancos, que muy pronto resintieron la escasez de víveres. Los religiosos misioneros, ni fuerza ni autoridad tenían para sujetar á los soldados y comprendieron que prolongándose aquella situación no sólo no se avanzaría en el catequismo y conversión de los indios, sino que se daría motivo á

¹ CAVO. — *Los tres siglos de México*, citando á Cárdenas, *Ensayo á la historia de la Florida*.

² OROZCO Y BERRA. — *Apuntes para la historia de la geografía*, pág. 199.

insurrecciones y guerras prolongadas; determinaron, pues, retirarse, y enterrando las campanas en el mes de octubre de 1693 abandonaron aquella tierra que mucho dinero, aunque poco trabajo, había costado pacificar.

Por los informes que los franceses rescatados en Texas habían dado al monarca español, Carlos II ordenó que en la Nueva España se procurase poner todo el rumbo de la Florida á cubierto de las invasiones de los franceses. Eligióse á Panzacola para fundar un fuerte, y diósele el nombre de Panzacola á esa provincia por el nombre de los indios *pensocolos*, que fueron destruídos y acabaron en guerras con las tribus vecinas.

Nombró el conde de Galve á don Andrés de Pez, que había llevado á los prisioneros franceses á España, para hacer un reconocimiento y establecer un fuerte en Panzacola; acompañó á Pez en aquella expedición el célebre cosmógrafo mexicano don Carlos de Sigüenza y Góngora, y fueron á ella una fragata llamada *Nuestra Señora de Guadalupe* y una balandra que llevaba por capitán á Juan Jordán. Hicieronse á la vela en Veracruz el 25 de marzo de 1693 y llegaron el 8 de abril á la bahía, que desde entonces se llamó Santa María de Galve. Levantó el plano don Carlos de Sigüenza y Góngora declarando que aquel puerto era el mismo en que habían desembarcado Pánfilo de Narváez, Diego de Maldonado y el mariscal don Tristán de Luna y Arellano. Dos años después, en 1696, salió de Veracruz don Andrés Arriola con algunos buques de la armada de Barlovento, desembarcó en Santa María de Galve y estableció un fuerte que llamó de San Carlos ó de Panzacola.

Desde 1684, en que provocados por la conducta irregular del clero que obligaba á los indios á bautizarse por fuerza, se sublevaron entre Chihuahua y Sonora los *tabaris*, comunicando el fuego de la insurrección á los tepehuanes y taramaues, aquellas provincias sólo en la apariencia estaban de paz; sordas conspiraciones se tramaban por los indios en las fronteras orientales de Sonora y en las del norte de la Taramaue; los rumores de sedición eran cada día más alarmantes; algunos asesinatos y robos hechos á españoles se presentaban como síntomas de una próxima conflagración; tenía noticia de secretas juntas entre los principales de las tribus, y los emisarios de los conjurados entraban en los pueblos solicitando partidarios y excitando los ánimos predispuestos á la insurrección.

Batopila, Yepomera, Tutuaca, Maycoba, Nagraurache y otros pueblos estaban ya comprometidos y los agentes de aquella revolución habían extendido sus trabajos hasta contar como aliados á los taramaues que habitaban al mediodía del Parral; alentábales en sus trabajos la indolencia de los gobernadores y la punible confianza conque estaban atendiendo más á sus particulares nego-

cios que al peligro que amenazaba ya tan de cerca á sus provincias.

Y no había sido esta obra de pocos años, que seis emplearon los conjurados en preparar el levantamiento. En vano los jesuitas misioneros, que por vivir entre los indios y contar entre ellos algunos amigos, sabían sus intentos, avisaban lo que acontecía á las autoridades españolas; permanecieron éstas en la inacción y sorprendióles la catástrofe el 2 de abril de 1692, en que se levantaron los indios, cayendo en gran número y como un torrente sobre las haciendas, ranchos, reales de minas y pueblos, y sin encontrar resistencia, talando, incendiando, robando y matando, hasta llegar en esa marcha de exterminio á las fronteras septentrionales de la Nueva Galicia.

Al espantoso rumor de la invasión y cuando los misioneros y las familias fugitivas llegaban buscando amparo, despertaron los aletargados capitanes de los presidios y los indolentes gobernadores.

Don Juan Isidro de Pardiñas, caballero de la orden de Santiago y gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya, fué sorprendido por la nueva de aquel acontecimiento en la villa del Parral, y quiso remediar con la actividad lo que había ocasionado la imprevisión; inmediatamente dió orden á los capitanes de los presidios, de Casas Grandes, don Francisco Ramírez de Salazar; de Janos, don Juan Fernández de la Fuente; de los Conchos, don Juan de Retana, y del Gallo y Cerro Gordo, don Martín de Cigalde, para que saliesen sobre los rebeldes. Don Juan de Saldises y don Pedro Martínez de Mendibil, con ciento dos arcabuceros marcharon á impedir el paso de los insurrectos por los caminos de Casas Grandes y Sonora, y el gobernador con algunas tropas se dirigió al Papigoché con intento de establecer allí su cuartel general y su centro de operaciones. Los indios habían sacrificado ya á varios misioneros y quemado muchas iglesias, pero no se atrevieron á esperar resueltamente al gobernador y huyeron á las montañas. Pardiñas comenzó penosamente la obra de la pacificación, pero más que las armas ayudábale la decisión y el empeño del padre jesuita Juan María Salvatierra, que no descansaba en sus predicaciones ni temía atreverse á entrar entre los sublevados para traerlos al camino de la paz.

Entre tanto en la parte de Sonora, que se llamaba la Pimería Alta, habían comenzado á recibir el cristianismo muchos de los pueblos que la habitaban, merced á los esfuerzos del famoso padre Kino que á su vuelta de la expedición que hizo á California con el almirante Otondo, había solicitado la misión de la tierra de los pimas, tanto por el deseo de convertir aquellas tribus como por el empeño de buscar por allí el paso á la península de California ó convencerse al menos de que ese paso no existía y de que California no estaba unida al continente, sino que era una sola.

El padre Kino pretendió de la real Audiencia un acuerdo para que los indios que él convirtiese á la fe católica no fuesen obligados por cinco años á prestar trabajos personales en las minas ó haciendas, pretensión que nada tenía de extraordinaria ni de ilegal, porque conforme á dos cédulas reales de Felipe III de 1607 y 1618, los indios nuevamente convertidos estaban libres por diez años de tributo y encomiendas; pero felizmente en los momentos en que el padre Kino solicitaba aquella exención llegó cédula de Carlos II fechada el 14 de mayo de 1686 recomendando todo favor á los eclesiásticos encargados de la reducción de los indios, declarando á éstos exentos por veinte años de trabajos en minas y haciendas; partió el padre Kino para la Pimería á fines de 1687 llegando á Sonora en el año siguiente, y reunido allí con el padre Juan María Salvatierra, en 1691 hicieron su primera entrada juntos buscando á los pimas que habitaban hacia el mar de la California; separáronse luego, y Kino tomó el rumbo indicado y Salvatierra se dirigió á las misiones que estaban por el lado de la Taraumara; pero antes convinieron en preparar por sus exploraciones en la tierra y por el trato con sus habitantes una expedición á la California meditando fabricar en las costas de la Pimería un barco en que pasar á la península.

Al principio el éxito correspondió en la conversión de los indios al empeño del padre Kino, y hasta el año de 1694 los pimas permanecieron tranquilos, á pesar de los malos tratamientos que recibían de los capitanes españoles. Las tribus de los *janos*, que no estaban enteramente sometidas, asaltaban algunas veces los ranchos y los presidios, y habían asolado ya algunas estancias de ganado; pero las autoridades españolas culpaban de todo á los pimas, á pesar de que los padres Salvatierra y Kino y el gobernador de Sonora don Domingo Gironza Petrus de Crussat trataban de desvanecer aquellas sospechas. Los jefes de los presidios, sobre todo Antonio de Solís y Nicolás de Higuera, como en son de castigo ó represalia perseguían cruelmente á los pimas matándoles y azotándoles por el más leve pretexto. Los indios sufrieron pacientemente, esperando la oportunidad para vengarse, y por ligero accidente dió principio la insurrección. En 1695 al pueblo de San Pedro Tubutama fueron llevados por el español Juan Nicolás Castiocto tres indios *ópatas* de las antiguas misiones de Sonora con objeto de que enseñasen los trabajos de la agricultura á los pimas; el español y los *ópatas* parecían escogidos á propósito para agotar la cansada paciencia de los indios: exigíanles trabajos extraordinarios y castigábanles cruelmente con mucha frecuencia y poco motivo. Un día los pimas se cansaron de sufrir, atravesaron á flechazos á uno de los *ópatas* y comenzó la insurrección.

El número de sublevados aumentó rápidamente: entraban en las misiones matando á los padres y á todos

los españoles, y rotos ya los diques de la obediencia y del respeto llegaron á la crueldad no perdonando en su furor á ningún blanco.

Nombró el gobernador Gironza á Antonio Solís para ir á la pacificación de los de Tubutama y Uguitoa, y fué aquello como nombrar quien más atizase el fuego de la guerra y de la venganza. Solís excedió en crueldad á los sublevados; incendios y asesinatos todo le parecía castigo permitido; dábale de paz algún pueblo, y en vez de recibirle con muestras de agrado, asesinaba á los que mejor le parecía, degollando á muchos con su propia mano y alentando otras tribus enemigas de la vencida á saciar con sangre añejos rencores.

La fortuna ayudó á los españoles, y el gobernador de Sonora, don Domingo Gironza, emprendió la campaña con tal actividad, que muy pronto consiguió vencer á los alzados pimas y aquietar la provincia, concediendo la paz que pedían los sublevados en 17 de agosto de 1695.

Pero el descontento de los indios no se calmaba y seguían conspirando sordamente, tanto en la Sonora como en la Taraumara, en Chihuahua, y á punto estuvo de encenderse nuevamente la guerra en esta última provincia acaudillando la insurrección el cacique Pablo Quihué, que levantó algunos taraumares; pero como no contaba con todas las tribus de la provincia, algunas de éstas se levantaron en favor de los españoles, y dióse una batalla en 1697 entre unos y otros de los indios, quedando la victoria por los del partido español.

Desde que tomó posesión del vireinato el conde de Galve, se empeñó en reunir recursos para desalojar á los piratas que con tanta confianza recorrían las costas de Yucatán. El gobernador de Tabasco emprendió una expedición á la Laguna de Términos, y logró aprehender dos embarcaciones en que iban algunos negros esclavos; pero al regreso de aquella escuadrilla los ingleses la atacaron, y penosamente pudieron salvar los marinos y tropas de la Nueva España.

El conde de Galve mandó aprestar nueva expedición al mando del capitán Martín Rivas, compuesta de varias embarcaciones y llevando ciento noventa hombres de combate; los ingleses atacaron resueltamente á aquella escuadrilla, y el capitán Rivas, herido mortalmente, regresó á Veracruz.

La armada de Barlovento continuaba siendo inútil en todos aquellos lances, porque á causa de la violencia de los vientos y del poco abrigo del puerto de Veracruz, la mayor parte del año la pasaba de estadía en la Habana.

La lucha entre los franceses que se habían apoderado de una parte de la isla Española y las tropas del rey de España en aquella isla continuaba sin intermisión, y el virey de México tenía orden de prestar socorro al gobernador de Santo Domingo. En 1690 llegaron á México noticias de algunos triunfos alcan-

zados por las tropas españolas contra los franceses, y el conde de Galve creyó aquella oportunidad de hacer un gran esfuerzo y obtener una victoria definitiva; reunió tropas mexicanas, y en la armada de Barlovento, que constaba de seis naves y una fragata, hizo embarcar en Veracruz con destino á la Española dos mil seiscientos hombres. Desembarcaron aquellas fuerzas en Santo Domingo, y los franceses, mandados por el gobernador Cussi y por el teniente Rey Tranquesnay, escogieron posesiones en la llanura de la Limonada para esperar á las tropas mexicanas é isleñas que avanzaban sobre ellos. Empeñóse el combate, en el que los franceses llevaban ya la ventaja, cuando cargaron sobre ellos quinientos lanceros mexicanos que decidieron el éxito de la batalla poniendo en completa derrota al enemigo.

El gobernador Cussi, el teniente Rey Tranquesnay y otros jefes principales quedaron en el campo muertos por las lanzas de los jinetes de Nueva España; aquella victoria, «la más gloriosa que hubo en aquellos años en la América¹,» fué decisiva y aseguró á los españoles la tranquila posesión de todo el norte de la isla.

En el interior de la colonia no tan afortunado había sido en su administración el virey conde de Galve; en 1691 perdiéronse las cosechas de maíz y trigo en la Mesa Central; los depósitos de semillas y granos se agotaron pronto y el pueblo comenzó á sentir el azote del hambre, y con él llegaron las enfermedades, el malestar social, la inquietud de los ánimos y las murmuraciones y las calumnias contra el gobierno, á quien encuentran siempre los pueblos motivo de hacer responsable en todas las públicas calamidades. Los médicos habían aconsejado años atrás se prohibiese la siembra y cultivo de una clase de trigo llamado en México *blanquillo*, por considerarlo nocivo á la salud; el gobierno vireinal siguió el dictamen de los médicos, y á la falta de aquel trigo atribuyó el pueblo la escasez de víveres; afirmó más esta común preocupación un libro publicado por don Ambrosio Lima, culpando de ignorancia á los médicos y encareciendo la falta que el trigo *blanquillo* hacía en el mercado.

Como en casos semejantes el virey envió comisionados á inquirir las existencias de maíz y trigo que hubiera en las haciendas de campo y en los pueblos, pero también como en casos semejantes el pueblo tomó aquellas medidas como prueba de que el virey y sus amigos trataban de monopolizar los víveres y de medrar á costa de la pública desgracia. Los ánimos se exaltaron más y todo anunciaba que á la menor oportunidad una chispa produciría el incendio de tantos aglomerados combustibles.

Así pasó, y en 8 de junio de 1692 una gran muchedumbre de indios de ambos sexos cruzó tumultuosamente desde la Alhóndiga hasta el palacio arzo-

bispal conduciendo el cadáver de una mujer que decían haber sido muerta á palos por un mulato y un mestizo de los que repartían el maíz en la Alhóndiga. Aquella gente buscó al arzobispo para exponerle su queja, y no encontrándole se dirigió á palacio en demanda del virey; pero el virey no se encontraba allí y la guardia impidió la entrada á la multitud; entonces los indios se dividieron en dos grupos, el uno llevando á la muerta se dirigió al barrio de San Francisco Tepito, de donde era ella, y el otro quedó frente á palacio porfiando por obtener entrada y tirando piedras á las ventanas y balcones.

El alférez que mandaba la guardia quiso despejar la plaza, y se arrojó seguido de nueve soldados sobre los indios consiguiendo rechazarlos hasta el cementerio de la catedral; pero allí llególes á ellos refuerzo y á su vez cargaron sobre el alférez y los que le acompañaban, matando dos soldados y obligándoles á encerrarse dentro de palacio¹.

Inmediatamente los amotinados pusieron fuego á las puertas del edificio amontonando cerca de ellas materias combustibles que traían prevenidas y que tomaron también de las tiendas que existían cerca de palacio. A las seis de la tarde el incendio se había hecho general en la cárcel, en los oficios de provincia, en la horca que estaba en medio de la plaza, en unas tiendas de madera que había en la misma plaza y hasta en las casas de cabildo. El arzobispo pretendió calmar el tumulto penetrando en coche entre la multitud; pero á pesar de que fué conocido, la gente continuaba lanzando piedras, una de las cuales alcanzó y derribó al cochero del prelado, y éste tuvo que retirarse.

La poca tropa que tenía el virey hacía fuego desde la azotea de palacio, pero su resistencia no fué larga y enérgica, porque muy pronto se agotó el parque, y entonces los soldados y la servidumbre del virey se ocuparon en salvar del incendio los muebles, papeles y alhajas que había en las habitaciones del virey y en las oficinas.

Ninguno de los vecinos españoles intentó oponerse á los amotinados; encerráronse todos en sus casas sin atreverse á salir ni á los balcones, y el conde de Galve, que casualmente se encontraba en el convento de San Francisco cuando comenzó el tumulto, permaneció allí retraído con su familia, que llegó al mismo lugar buscando refugio, porque los indios buscaban á las personas de la casa del virey para matarlas.

En las calles y en la plaza á medida que avanzaba la noche eran más espantosos los gritos de ¡viva el rey! y ¡muera el mal gobierno! y crecía con el atrevimiento de los indios el terror de los españoles. Los amotinados

¹ Relación del tumulto sucedido en esta ciudad de México el 8 de junio infraoctava de Corpus de este presente año de 1692. — *Diario de sucesos notables*, escrito por el licenciado Antonio de Robles.

¹ CAVO. — *Los tres siglos de México*, lib. IX, núm. XV.

desarmaban sin hacerles daño á los vecinos que encontraban en las calles, si no habían tomado parte en la sedición, y alumbraban aquellas escenas las llamas que se levantaban de palacio.

Como no se ocurría á medio de defensa por parte del gobierno, el doctor don Manuel de Escalante y Mendoza intentó valerse del recurso que otras veces había producido buen resultado, y salió del sagrario acompañado de tres monacillos y llevando en las manos la custodia con el sacramento. Así cruzó entre la multitud exhortando á los indios y consiguió que apagasen el incendio que comenzaba ya en la casa del marqués del Valle y en uno de los portales, pero los demás

edificios seguían ardiendo sin que valiera diligencia alguna para cortar el fuego, porque desgraciadamente en aquellos momentos atizaba el viento que soplaba con violencia.

Los indios mostraron gran respeto á los eclesiásticos, y observado esto por el tesorero de la catedral, envió recado á los mercenarios y á los jesuitas rogándoles saliesen á calmar á la gente; así lo hicieron, pero agregáronseles algunos vecinos con armas y los amotinados, sin ofender á los religiosos, obligaron á los vecinos á retirarse.

Ardían las casas de cabildo y los archivos comenzaban ya á perderse, cuando don Carlos de Sigüenza y



El obispo don Juan de Ortega y Montañés

Góngora llegó á aquel lugar acompañado de algunos amigos, y con ellos y con gente á la que pagó generosamente, pudo conseguir, trayendo escalas, llegar al piso superior del edificio, romper las puertas de los balcones y salvar por allí gran parte del archivo y sobre todo los libros capitulares ¹.

A las nueve de la noche había cesado el tumulto; poca gente, y esa tranquila, había quedado en la plaza, y

¹ Al final del primer libro de Cabildos, foja 111 vuelta, se lee lo siguiente:

«Don Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo de su magestad, cathedrático jubilado de mathemáticas y capellan del Hospital Real del Amor de Dios de esta Cibdad nacido en ella á catorce de Agosto del año de mil seiscientos sesenta y cinco hijo de don Carlos de Sigüenza maestro que fué del Serenísimo príncipe don Balthazar Carlos y de D.^a Dionisia Suarez de Figueroa y Góngora libró este libro y los que se le siguen del fuego en que perecieron los archivos de esta ciudad la noche del 8 de junio de 1692 en que por falta de bastimento se amotinó la plebe y quemó el Palacio Real y Casas de Cabildo. — Don Carlos de Sigüenza y Góngora.»

entonces llegaron allí á caballo el conde de Santiago, su hermano don Fernando de Velasco, don Juan Cerecedo, contador de tributos, y don Pedro de Avendaño, enviado por el virey para hacer un reconocimiento y darle

Facsimile de la firma de don Juan de Ortega y Montañés

cuenta de lo que pasaba. Los comisionados del virey encontraron «haberse quemado los doscientos ochenta cajones que había en la plaza, las casas de cabildo y el archivo de su secretaría, y el de la contaduría, y los

oficios de la audiencia de abajo, y los coches y las mulas del corregidor D. Juan de Villavicencio que vivía en dichas casas, y la entrada de la alhóndiga, el palacio real, su mayor y mas principalmente que fué la vivienda del virey, conde de Galve, las salas de la audiencia de lo civil y criminal, el oficio de cámara hasta la sala del real acuerdo y la sala alta de la armería donde se cortó el fuego, y la gente del virey salió por un portillo que abrieron en la pared que cae á la casa del balanzario de la caja real en frente del arzobispado, y pasaron á las casas del señor arzobispo que los hospedó en ellas aquella noche. Asimismo reconocieron el dicho conde y los demas que iban con él, haberse quemado la cárcel, de donde salieron los presos al tiempo que se quemaba por una ventana, de que quitó una berja de fierro, quebrándola un religioso lego de San Agustín, de la provincia de Michoacan, que lo tenían preso por saltador de caminos, y lo habían cogido en hábito secular ¹."

Durante el tumulto algunos grupos de amotinados llegaron hasta las puertas de San Francisco con intento de sacar al virey, al principio bajo el pretexto de solicitar un religioso que saliese á confesar á un sacerdote herido, y después, mirando que los frailes ni abrian las puertas ni atendían aquella demanda, amenazaban con pegar fuego al convento y sacar por fuerza al conde de Galve.

Todo el tiempo que duró el incendio las campanas de los templos tocaban rogativa aumentando el pavor y la confusión; los vecinos españoles de México confesaban que debían la vida á la indiferencia ó á la generosidad de los indios, pues aquella noche sin resistencia ni trabajo podían haber acabado con todos ellos. Todas las justicias y autoridades abandonaron la ciudad, se retrajeron á los conventos, á excepción del fiscal de crimen doctor don Juan de Escalante que acudió á palacio á cortar el incendio.

La misma noche envió el virey orden á las panaderías para que por ningún motivo dejaran de fabricar el pan.

El virey publicó el bando marcial mandando poner en armas á los vecinos; al día siguiente del tumulto reuniéronse en San Francisco los oidores, las principales personas de la ciudad y más de doscientos jinetes. Salió el conde de Galve con aquella compañía del convento en una carroza y la vireina en otra y entre los gritos de ¡viva el rey! y ¡viva el conde de Galve! atravesaron las calles de San Francisco, dieron vuelta por la plaza Mayor y fuéronse después á las casas del marqués del Valle adonde se estableció la habitación del virey y el despacho de la Audiencia.

Como el terror á los indios era muy grande, la ciudad se convirtió en una plaza fuerte, temiéndose por momentos otra sublevación. Levantáronse milicias y

nombráronse maestre de campo general á don Juan de Velasco, conde de Santiago; comisario general de la caballería á don Teobaldo Gorraez; maestre de campo del tercio al mariscal de Castilla; sargento mayor á don Agustín Flores, y además capitanes para la caballería é infantería ¹. El virey desterró al capitán don Pedro Manuel que mandaba al acontecer el tumulto la compañía de palacio.

Dictáronse providencias alarmantes prohibiendo todos los toques de las campanas; la reunión de indios en mayor número de cinco bajo pena de la vida; la venta del pulque; la concurrencia al mercado que se llamaba el Baratillo, y comenzaron las prisiones y las ejecuciones.

A pesar de esto los rumores de sublevación continuaban, y entre las ruinas de palacio amanecían pasquines más ó menos insultantes para el virey y los españoles; así, por ejemplo, uno que decía: «este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla,» y otro: «representase la comedia famosa de Peor está que estaba.» En el cementerio de la catedral, en la noche después del tumulto, se enterraron multitud de cadáveres de los que habían muerto en la refriega, y al día siguiente todavía se hallaron otros en la plaza y en las calles.

Lo primero que se repuso fué la horca, que había sido quemada, colocándose una nueva en la que á pocos días comenzó á colgarse á muchos acusados de haber tomado parte en el tumulto, arcabuceando á otros y cortándoles las manos, que se clavaron en las puertas de palacio y en otros lugares públicos, y al pié de la horca quemaron á un hombre de casta de lobo mestizo por haberse averiguado que había sido él el que quemó la horca la noche del tumulto.

Las alarmas no cesaban; cada noche había un alboroto, porque se decía que llegaban los indios; los estudios en las escuelas y la Universidad estaban interrumpidos, y el virey, no sabiendo ya qué disposiciones dictar contra los indios, publicó bandos ordenando que viviesen fuera de la ciudad y que anduviesen en sus trajes propios, sin calzado ni mantas.

El ejemplo de México fué imitado en las provincias; los indios de Tlaxcala se sublevaron y lo mismo hicieron los de Guadalajara.

La situación de la colonia era muy grave y difícilmente habría podido atajarse la general insurrección de los indios, que amenazaba por causa del hambre, á no haber sido abundantísimas las cosechas en 1693, con lo que volvió á entrar la gente en tranquilidad,

¹ Fueron nombrados «capitanes de caballos, don Juan de Vargas Campuzano, don Juan de Veitia, Domingo de Retes, Antonio Calderón, Domingo Montano; de infantería, Luis Sáenz de Tagle, don José Mateo Guerrero, don Antonio Flores, el mozo, don Gaspar Tomás de Rivadeneira, don Fernando Altamirano de Velasco y dos compañías de negros y otras dos de mulatos sin que en alguna hubiese cabo militar»

¹ Relación citada.

y el conde de Galve á dedicarse á los negocios del gobierno.

Pero el conde estaba enfermo y disgustado en el vireinato y presentó su renuncia, que no le fué admitida; insistió, sin embargo, y en 1695 concedióle el monarca su retiro del que no pudo usar hasta la llegada á México del nombramiento de su sucesor, don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla; pero no habiendo aceptado éste, abrióse el pliego respectivo por la Audiencia, resultando en él designado para ocupar el vireinato en el caso de renuncia ó no admisión del obispo, don Juan de Ortega y Montañés, obispo de Michoacán, que llegó á México el 27 de febrero de 1696.

Pasajero como fué el gobierno del obispo virey Ortega y Montañés, apenas quedó memoria de su administración. Un motín en la plaza Mayor fué el primer acontecimiento que se registra en esa época; formábase en el centro de esa plaza uno de esos mercados que llamaban baratillos y que consistía en el comercio de objetos viejos. Reuníanse allí multitud de ociosos y vagos que causaban graves escándalos y daban gran quehacer á la justicia con sus robos y pendencies. El alcalde Manuel Suárez Muñoz aprehendió allí el 27 de marzo de 1696 á uno de aquéllos hombres perdidos llamado Francisco González de Castro; la plebe que estaba en el baratillo se opuso á que Castro fuera llevado á la cárcel; formóse tumulto, presentáronse muchos eclesiásticos y estudiantes, y en medio del desorden que la gente de justicia era incapaz de atajar, los estudiantes quemaron la picota.

Como estaba aún fresca la memoria del terrible tumulto en 1692, grande fué la alarma del obispo virey y de los oidores; las compañías de tropa se pusieron sobre las armas y se preparó el gobierno como si tuviera que combatir una gran revolución. Pero el tumulto no tuvo consecuencias, todo volvió á quedar en paz, menos el ánimo del obispo virey, que temeroso de que se repitiese la escena y deseando refrenar la osadía del pueblo comenzó por mandar poner al siguiente día del tumulto (28 de marzo), una picota nueva en el mismo lugar en que había sido quemada la anterior; el día 29 publicó un bando notificando á los que hacían el pequeño comercio del baratillo en la plaza, que «pena de la vida no se hiciera en la plaza ni en otro paraje alguno, baratillo, y que se tuviese por tal en pasando, el concurso de tres ó cuatro personas, que no hubiese mercillero alguno en la plaza, sino en casas y tiendas, so pena de perder todo lo que vendiesen, que no se pusiera bodegón en aquel sitio y que pasasen al de la plazuela llamada del Volador donde estuviesen descubiertos ¹.» El día 31 de marzo y el 2 de abril volvieron á publicarse otros bandos que decían poco más ó menos lo mismo; además

mandó el virey que se pusieran otras tres picotas en la plaza en los lugares que señalase la sala del crimen de la Audiencia, y se pasó comunicación al arzobispo, al provisor, al rector de la Universidad y á los preladados de las órdenes religiosas, para que respectivamente castigaran y reprimieran á los eclesiásticos y estudiantes que habían ayudado al pueblo en el motín.

No faltaron en todos esos días alarmas provenientes como siempre sucede de la interesada oficiosidad de los que se llaman amigos de los gobiernos, y que buscan con la denuncia y la calumnia un medio de alcanzar favor, ostentando adhesión y vigilancia; dióse parte al obispo virey de que por la plazuela de Jesús Nazareno, había corrillos y en ellos pláticas acerca de un nuevo tumulto que se preparaba, agregándose que se sabía que los indios de San Juan y Santa Clara ocultaban armas para el caso de la sedición; el gobierno creyó en la verdad de aquellas denuncias y multiplicáronse las patrullas, proveyéronse de parque de combate los soldados, acuarteláronse las milicias, cincuenta hombres del tercio del comercio que era la compañía de guerra que formaban los comerciantes estaban siempre de guardia en palacio y los ministros de la sala del crimen y el corregidor con alguaciles y soldados rondaban toda la ciudad.

Hubo, sin embargo, una noticia que más preocupó á los comerciantes de Nueva España, y fué la de haber aparecido por el mar de las Antillas una poderosa escuadra francesa que andaba en acecho de la flota que debía salir de Nueva España; pero casualmente la flota se detuvo, y la escuadra francesa se retiró creyendo sin duda el almirante que la mandaba que el viaje se había suspendido. De aquí resultó que la flota no encontró enemigos y llegó tranquilamente á España, salvando los grandes caudales que llevaba.

La carestía y la escasez de víveres siguió en México durante el gobierno del obispo virey, y con ella los temores de sublevación.

Ortega y Montañés concedió permiso á los jesuitas para emprender la reducción de la península de California, y en su tiempo comenzó á prepararse aquella empresa.

El 6 de octubre de 1696 llegó en la flota la noticia de la muerte de doña María Ana de Austria, y el 30 á las once de la mañana se publicó aquella noticia, «y se pregonaron los lutos, dice un cronista ¹, y se comenzaron las campanadas y duraron hasta las cuatro de la tarde que se empezó el doble en todas las iglesias y se prosigue hasta las honras. Los lutos de los hombres han de ser capas largas y faldas hasta los piés; los de las mujeres, mongiles de bayeta y mantos de anascote, y desta forma se han de traer hasta el día de las honras; y después lo que cómodamente pudiesen traer, conforme á la pragmática publicada el año pasado por

¹ RIBERA CAMBAS — *Los gobernantes de México* — ROBLES. — *Diario de sucesos notables*. Año de 1696.

¹ Robles en su *Diario de sucesos*.

agosto." Las honras de la reina se hicieron en la catedral el 24 de noviembre.

El conde de Moctezuma y de Tula, don José Sarmiento Valladares, descendiente del antiguo emperador de México, llegó de España nombrado sucesor del obispo virey don Juan de Ortega y Montañés. Entró en

la capital el 18 de diciembre de 1696, y tomó posesión del gobierno el 2 de febrero de 1697 ¹.

¹ Dice Robles en su *Diario*: «Entrada del conde de Moctezuma por virey el sábado 2, día de la Purificación de Nuestra Señora, por la tarde, hizo su entrada pública el nuevo virey conde de Moctezuma, y al entrar por el arco de Santo Domingo, lo derribó el caballo en que venía y se le cayó la cabellera.»